

## OCHO HUELLAS DACTILARES

Londres, junio de 2017.

Con manos expertas, la forense prepara los utensilios necesarios para su cometido. Debe extraer muestras de todos los cuerpos que le han traído esa tarde, y no puede demorarse. La prioridad es absoluta, ya que la extraordinaria situación lo requiere. La luz ultravioleta, los fumigadores de vapor de yodo y cianoacrilato, varias láminas plateadas y la cámara de microfotografía están preparados en la mesa, junto a los cadáveres. Previamente se ha recogido el cabello con un moño, para no contaminarlos con su propio ADN, y tiene colocada la bata de trabajo bien abrochada. Pasa entonces a enfundarse los guantes para así comenzar su quehacer. Antes de tomar las muestras, debe abrir las bolsas e inevitablemente visualizar el rostro del sujeto que debe identificar. Sabe entonces que su caprichosa imaginación viajará a través de su alma, compondrá el puzzle de su vida y revivirá sus últimos momentos. Ya está acostumbrada, sabe que ese ejercicio le ayuda a concentrarse mejor y a valorar su ardua tarea. Comienza entonces abriendo la cremallera de la primera bolsa de plástico en la que yace pacientemente su primer examen de identidad.

Primera huella dactilar: Kirsty Boden. Mujer, australiana, 28 años.

Le llama la atención su cabello oscuro y largo, y en su rostro adivina facciones amables de quien ofrece todo su ser al servicio del prójimo.

Entonces la ve, recorriendo los pasillos del hospital Guy y St Thomas, abrazando una carpeta que contiene unos análisis. Su bata de enfermera ondea a cada paso suyo, dándole aspecto de heroína audaz. Su andar es acelerado, está deseosa de llegar a la habitación de su paciente. Cuando por fin aterriza en su destino, abre la puerta y saluda con entusiasmo a todos los que se encuentran en su interior. Trae buenas noticias, los

análisis han dado negativo, su enfermo puede respirar tranquilo. Satisfecha con su labor, se encamina hacia su piso de alquiler, donde tecleará en su blog sus próximos planes de escapada. Tiene pensado viajar a España y visitar la Sagrada Familia. Poco después, se recuesta en su cama donde robará a Morfeo un merecido descanso.

La mente de la forense viaja luego con Kirsty a la noche de su día libre, y la ve pasear portando un ramo de girasoles, su flor favorita. Entonces, de súbito, la intensidad amarillenta de los pétalos se ve ensombrecida por un espantoso fotograma. Está viendo cómo se acerca un hombre portando un gran cuchillo y comienza a asestar puñaladas a quienes encuentra, con una saña y desprecio desmesurados. Sin dudarlo ni un instante, el ángel del puente de Londres corre hacia una de las personas heridas e intenta evitar que muera desangrada. En ese momento, el agresor va hacia ella y hunde el frío hierro de su arma en la frágil carne de la enfermera. La muerte, con su insaciable guadaña, gana el forcejeo, quitándole la vida. Su cuerpo yace ensangrentado en el suelo, acompañado de su ramo fúnebre, de sus girasoles, los cuales se giran hacia otro lado para evitar ver su rostro inerte. Y su cabello baña el pavimento del arcón de la Catedral de Southwark de un triste azabache.

Segunda huella dactilar: Sara Zelenak. Mujer, australiana, 21 años.

El rostro de esta víctima es casi tan claro y delicado como su cabello dorado. Su coqueta nariz puntiaguda le da un aire travieso e infantil.

Entonces la ve, peinando el cabello a dos revoltosos niños que cuida desde hace meses. Los tiene que arreglar rápido ya que debe llevarlos a su escuela. Aunque le dan mucha guerra, ella está encantada, ya que sus alocadas ocurrencias la hacen reír y compensan con creces la difícil tarea de ser su niñera. Como puede, los pilla de la mano y los conduce hacia el portal, para luego dejarlos listos en el autobús escolar. Con descaro,

los dos chiquillos le plantan un sonoro beso en sus mejillas, que quedan por unos instantes sonrosadas. Mientras los ve marchar, los críos le recuerdan lo afortunada que es, una verdadera superviviente. Al igual que esos dos pequeños guerreros, ella ha escapado de las garras del destino en dos ocasiones. Una, en los atentados del puente de Westminster, donde tuvo la fortuna de no ser una de las víctimas. Dos, en el concierto de Ariadna Grande, al que no pudo asistir, librándose de la terrible experiencia.

La mente de la forense la sigue después mientras toma unas copas con su amiga en un local cercano al puente de Londres. De repente, cunde el pánico a su alrededor. Sara gira su cabeza a un lado y a otro viendo cómo corre la gente por doquier. La atropellan en su huida y corre ella también, pero no sabe muy bien hacia dónde. Es cuando se da cuenta de que ha perdido la pista de su amiga, y cree verla entre unas personas que yacen heridas en el suelo. Al acercarse, nota cómo un individuo se lanza contra ella y la derriba al suelo. No tiene escapatoria, ese monstruo le clava su letal cuchillo una y otra vez hasta que su corazón deja de latir. La parca esta vez pronuncia una frase demoledora: “a la tercera va la vencida”.

Tercera huella dactilar: Christine Archibald. Mujer, canadiense, 30 años.

De facciones puras y nobles, este cuerpo le inspira tranquilidad y respeto. No es muy mayor, pero parece bien curtida, como si transportara en su rostro la sapiencia de alguien que sabe escuchar y comprender los sinsabores de los demás.

Entonces la ve, en un refugio para personas sin hogar, ejerciendo de voluntaria. Bromea con uno de los del albergue, quien le dice que está tardando mucho en culminar su meta. Va a casarse dentro de poco. Ella le enseña el anillo de pedida y le cuenta que, al día siguiente, tiene previsto concretar la fecha de su enlace. Es un pequeño zafiro verde

engastado en una joya sencilla de oro blanco. Entonces él hace gestos cómicos imitando a Gollum, repitiéndole que es su pequeño tesoro.

La mente de la forense alcanza a Christine cuando pasea de la mano de su prometido por el puente de Londres y no puede evitar lo que está a punto de suceder. A sus espaldas, una furgoneta aparece arrollando todo lo que encuentra en su camino. Y ese camino le conduce directamente hacia la muchacha. Su novio nota con impotencia cómo la embestida aparta a su amada de sus manos, y segundos después corre hacia donde ha quedado tendida en el suelo. En un vano intento por salvarla, le practica unos infructuosos primeros auxilios al tiempo que maldice sapos y culebras por su boca. Ni él, ni los sanitarios que acuden raudos al lugar, logran que la parca no se lleve su alma, dejando como sello de identidad una gota de la sangre de Christine empañando el zafiro de su pequeño tesoro.

Cuarta huella dactilar: James McMullan. Hombre, británico, 32 años.

Un muchacho de barba bien recortada yace a la espera del examen. Tiene una nariz y unos labios anchos y gruesos, y los dedos de su mano están algo amarillentos.

Entonces lo ve, comprando un paquete de cigarrillos en un puesto cercano a su piso. Sabe que es malo, que debería dejarlo, pero le pueden las ganas. Esa misma noche saldrá con sus amigos a tomar un par de copas y no quiere pasar sin ellos, ya que después será más difícil adquirirlos en los locales. Pero se promete a sí mismo que, por lo menos, dentro de unos meses, reducirá su consumo a unos cinco o quizá diez pitillos al día.

La mente de la forense escucha el tumulto de sonidos acoplados entre los cimientos de un famoso pub. De él sale James algo aturdido por el gentío y el par de cervezas que danzan por su estómago. A tientas, busca con sus manos el paquete de tabaco. Tiene que

estar por uno de los bolsillos de su pantalón. Con torpeza, toca la parte derecha de su pernera y encuentra su tarjeta de crédito; eso no es lo que anda buscando. Por fin, logra hallarlo a la izquierda, lo abre, saca un cigarrillo y el mechero que está escondido en el mismo paquete y se dispone a encenderlo. Es entonces cuando su proceso es interrumpido por un descontrolado maníaco que le hunde en las costillas tres puñaladas mortales. Su cuerpo cae en redondo a las puertas del pub, y de sus manos escapa el paquete, el mechero y el cigarrillo a medio encender. La muerte, que acude a recogerlo, piensa que ya no tiene que aguardar a que un cáncer de pulmón lo conduzca a sus brazos.

Quinta huella dactilar: Alexandre Pigeard. Hombre, francés, 27 años.

Ante ella se encuentra un rostro esbelto y alargado. Un muchacho de cuello largo y bigote fino, propio de un buen normando, un valiente mosquetero y un excelente maitre.

Entonces lo ve, sentado en una de las mesas del local donde trabaja de camarero, escuchando atento a un monitor experto en atentados. Les está impartiendo una clase explicativa sobre cómo afrontar este tipo de situaciones límite. Alexandre toma buena nota de todos los pasos, y reza para que no tenga que llevarlos a la práctica, pero poco después los olvida mientras escucha un nuevo tema de un grupo Dj de Caen.

La mente de la forense entra en ese local dos días después y lo ve sirviendo un buen consomé templado a uno de los clientes que se acomodan en el restaurante donde trabaja. Después escucha un portazo y oye entrar a un individuo portando un arma blanca. Alexandre no tiene tiempo de reaccionar, no le valen para nada los conocimientos adquiridos, no puede evitar que ese malnacido le rebane su cuello de cisne. El suelo de la terraza del Boro Bistro queda encharcado con los borbotones de vida que escapan de su cuerpo. En este caso, la parca barrerá con fregona los resquicios

de su alma, y se los llevará al son de una música electrónica, dejando huérfanos a los miembros del Club 808.

Sexta huella dactilar: Sébastien Belanguer. Hombre, francés, 36 años.

Otro sujeto varón acompaña a la forense esa tarde. Algo entrado en años, pero aun joven, este hombre refleja la elegancia y el aplomo del típico caballero francés. Su barba, de blancos cabellos esparcidos por su base, le da también un aire de mosquetero.

Entonces lo ve, entre fogones, en la cocina de su lugar de trabajo. Su paladar es extraordinario, y es capaz de darle el toque perfecto a cada uno de los platos que prepara. El don de sus papilas gustativas lo ha llevado a ser uno de los chefs más valorados del centro de Londres. El arte culinario es una de sus pasiones, así como el fútbol.

La mente de la forense enciende el televisor del local donde se encuentra Sébastien. Están retransmitiendo en directo la final de la Champions League. El marcador está muy igualado, pero pasa a un segundo plano cuando los gritos de terror del recinto lo inundan todo como una furiosa ola. Entre el desconcierto, un atacante ensarta como pinchitos a cualquiera que pilla frente a él. Uno de ellos será Sébastien. La terraza del Borough Market se empaña con la salsa carmesí de nuestro mosquetero, al igual que su anterior compatriota. Deseosa de degustarlo, aparece la muerte para dar rienda suelta a su hambre, raptando a su chef y devorando su espíritu.

Séptima huella dactilar: Xavier Thomas. Hombre, francés, 45 años.

Un tercer cadáver de nacionalidad francesa descansa en la morgue de la forense. Su tercer mosquetero también muestra un rostro cordial y sereno.

Entonces lo ve, charlando con su novia en su piso, haciendo planes para salir a pasear al día siguiente. Ella le sugiere que la lleve a un lugar romántico, a recorrer el barrio de Limehouse o a dar un paseo en barco por el Támesis. Él no las tiene todas consigo, como buen francés de interior, prefiere mantenerse lejos del agua. Ella le regala un par de besos para engatusarlo, entonces se rinde a sus encantos y accede a sus caprichos.

La mente de la forense los ve pasear por el puente de Londres. Parece una pareja feliz, pero él mira de reojo el agua, pensando que debe estar helada a pesar de ser pleno junio. Los chirridos del volantazo de una furgoneta amarilla lo sacan de sus pensamientos. Las ruedas arañan con fiereza el asfalto y la acera donde se encuentran los enamorados. Los dos cuerpos son lanzados al aire, y uno de ellos queda malherido en el suelo. El otro, Xavier, nuestro tercer mosquetero, aterriza cual saltador de trampolín en las aguas del río en una pirueta mortal con doble tirabuzón. Su cadáver no será hallado hasta más tarde. Y la muerte, que bucea en su búsqueda y captura con la guadaña como arpón hacia su Moby Dick, piensa que al fin y al cabo Xavier ha cumplido su promesa, mientras lo ve arrastrado por la marea del Támesis hacia Limehouse.

Octava huella dactilar: Ignacio Echeverría. Hombre, español, 39 años.

El último saco que abre le llama poderosamente la atención. Ante ella ve la imagen de un hombre sencillo, de paletas separadas y bucles rebeldes adornando su cabeza. Por su porte parece haber tenido un espíritu indomable.

Entonces lo ve, enfrascado en su ordenador, poniendo en marcha un proyecto en el que destapa con esmero una trama de blanqueo de capitales. Hace rato que debería haber terminado, hace tiempo que ya ha concluido su horario laboral, pero no puede dejarlo. Su sentido del deber y la justicia se interpone al fin de su jornada. Su labor como analista en el banco británico es altamente valorada, y su tesón ampliamente apreciado.

Con todo ello sabe que está ayudando a la lucha contra el terrorismo, localizando los países que más invierten en esas malditas causas.

La mente de la forense lo acompaña entonces montada en su bicicleta. Le gusta pasear por las afueras de Borough Market, esquivando a los transeúntes que se cruzan por su camino. Pero esta vez debe hacer una parada de emergencia. Con espanto ve cómo un tipo está acuchillando sin piedad a una mujer, y no duda en acudir en su auxilio. Ignacio, con la única arma con la que puede contar es su fiel patinete. Lo agarra y le asesta un golpe al agresor, interponiéndose entre éste y la mujer herida. El individuo se vuelve aturdido y suelta a su víctima, que logra escapar. Pero entonces Ignacio no corre la misma suerte. Aquel fanático no está solo, y sin esperarlo, dos atacantes más se lanzan contra él y logran reducirlo. Él se resiste e intenta luchar hasta el final, pero son demasiados. Un último viaje de la parca le hace pensar en ese héroe del monopatín. Quizá fuese su aguerrido Dartagnán, a quien le han faltado sus tres mosqueteros franceses.

La forense ha concluido su trabajo. Un amargo sinsabor recorre su mente tras almacenar las vivencias de cada uno de esos seres, cada una de esas personas, cada una de esas huellas. Sabe que no bastarán para que el ministro de asuntos exteriores agilice sus identificaciones y las ponga en conocimiento de cada uno de los países de origen de los fallecidos. Hará falta también un análisis de ADN y la presteza del gobierno británico. Solo espera que la información que ha logrado recopilar sirva para que los protocolos no demoren la espera de sus afligidos familiares. Confía en que cada uno de los consulados los asista con sus condolencias y con su apoyo, pero sobre todo con su información. Con cuidado, coloca las ocho huellas en una caja de muestras y la sella para su envío urgente.



Ocho huellas dactilares, ocho espíritus arrancados del mundo de los vivos a destiempo,  
demasiado pronto, demasiado jóvenes.